

HERENCIA DE LA NIEVE

Antonio J. Caballero

HERENCIA DE LA NIEVE

ESDR  **JULA**
EDICIONES

{COLECCIÓN **DIÁSTOLE**}

Primera edición, marzo 2023

© Antonio Jesús Caballero Jiménez, 2023

© Esdrújula Ediciones, 2023

ESDRÚJULA EDICIONES

Calle Pintor Zuloaga 20, 18005 Granada

www.esdrujula.es

info@esdrujula.es

Edición a cargo de

Mariana Lozano Ortiz

Ilustración de portada: Sergio Rojas García

Maquetación: Carmen Álvarez

Fotografía de solapa: Sergio Rojas García

Impresión: Centro Gráfico Digital Granada

«Reservados todos los derechos. De conformidad con lo dispuesto en el Código Penal vigente del Estado Español, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes reprodujeren o plagiaran, en todo o en parte, una obra literaria, artística, o científica, fijada en cualquier tipo de soporte sin la preceptiva autorización.»

Depósito legal: GR 445-2023

ISBN: 978-84-126838-4-4

Impreso en España · Printed in Spain

A Antonio, mi padre, y a Asunción, mi madre, los dos en
la luz de cada poema.

A Carolina, quien tuvo la idea de este poemario. A ella,
todo. Por ser camino, fuerza y ternura de vuelta a casa.

A mis hijos Pablo y Pedro que son la poesía más hermosa
de mi vida y hacen que la vida tenga un poco de poesía.

Prólogo

Por Fernando Jaén Águila

Estimado lector, Herencia de la nieve, el libro que tiene en sus manos, es un libro de poesía. No es un conjunto de poemas, sino un libro con una intención, una temática y un diálogo propios que nos adentra en el universo poético que Antonio J. Caballero ha construido en él. Su memoria está recreada aquí, siguiendo los pasos de sus recuerdos, de aquella realidad vivida en la infancia —nuestra verdadera patria—, donde el desengaño, la pérdida, la enfermedad, el frío invierno y un lejano mañana, alimentan la niebla de los anhelos que quedaron atrás en la bruma del olvido. Pero hay en estos poemas, entre la nostalgia y la desesperanza, una cálida luz de ternura que arropa los versos más duros con matices de una perdurable e innata bondad, de una inocencia aún no marchita, que el poeta deja que hable en sus recuerdos y que permite al lector no sentir tanto el gélido tacto nevado de la memoria de un tiempo difícil.

No pretendo en este prólogo decir más de lo que el lector encontrará en el libro. Lo escribo para profundizar en el pensamiento del poeta. La poesía de Antonio es una poesía del corazón,

que huye de artificios, que nos muestra el pensar de un hombre en el recuerdo de un niño. Recordar es una palabra cuyo origen está en el latín y se compone del prefijo *re-* que significa de nuevo y que actúa indicándonos además la dirección hacia atrás; y la forma *cordis*, que remite al corazón. *Re-cordar* de esta manera, es volver a pasar por el corazón. En la antigüedad, la capacidad del pensamiento y la reflexión se creía que tenía origen en el centro del cuerpo y no en la cabeza. De tal manera que el pensamiento debía pasar por el corazón. La poesía de *Herencia de la nieve* es fruto de un pensar que nace del centro de su historia.

Por tanto, este libro nos permite ver a través del corazón de poeta. Sus ojos nos revelan un tiempo concreto, en un pueblo concreto de un país, nuestro país, en la década de los setenta del pasado siglo XX. Respira este libro la emoción del niño que un día fue en el período histórico de la transición política española en un pueblo de la provincia de Granada. Y lo hace con toda la exactitud que su recuerdo emocionado puede tener, con un dominio del lenguaje interior, esa lengua muda que hablamos para nuestros adentros, ese idioma de la infancia que nos ha permitido sortear los precipicios del presente. Ese idioma mudo, antiguo, hoy es poesía, pero antes fue vida. Poesía sencilla que hoy se nos ofrece para comprender el profundo dolor y la profunda alegría de un pueblo que se redime en sus quehaceres cotidianos, en el ritmo constante de la naturaleza, en el aire fresco de una comarca que atesora los rigores de la planicie. Una poesía que consigue reparar la realidad fragmentada que fue.

Hay distintas formas de definir la poesía. Casi tantas como poetas. Octavio Paz la definió así en una ocasión: «La poesía es la memoria de los pueblos y la parte secreta del alma de cada uno». Antonio utiliza en este libro su memoria como si fuera un santuario, una catedral íntima, un espacio sagrado donde su alma vive y se redime, permitiéndose recordar sin rencor, perdonar sin agravios, recuperar lágrimas sin lástima. Los actos diarios, intrascendentes para la historia oficial, los detalles y las huellas de cada día, se convierten en estas páginas en un legado. Los versos de Antonio son los cimientos donde se construye la memoria de una vida y de un hogar. La poesía de Antonio es una geografía que resiste su destino de ruina, que mantiene la carne pegada al hueso, la piel al sentido del tacto, y el sentido del tacto vivo en la mente del que vivió y estuvo. De esta forma su poesía se convierte en la crónica de un tiempo, en el testimonio más leal de la historia, pues más allá de la verdad absoluta de un hecho, está la verdad íntima de un poeta.

Todo tiempo tiene una parte de real y otra de soñado que deja una huella, una huella visual, una huella sonora, una huella emocional sobre la que volver y que nos permite recuperar algo que creemos haber olvidado. El libro de Antonio se asoma al pasado, lo nombra ante nuestros ojos y lo hace presente. Lo convierte en historia. En historia personal y en la historia de muchos de nosotros. Poesía y memoria, poesía y memoria social y política surgen en este libro. Durante su vida universitaria en Granada, Antonio pudo apreciar la influencia del magnífico profesor que fue Juan Carlos Rodríguez,

un marxista de profundas convicciones, en una Granada que empezaba a hablar de poesía sin pudor. En tiempos del franquismo, la poesía en Granada estaba casi silenciada, aún así se dejaron escuchar los versos de Elena Martín Vivaldi y Rafael Guillén. Luego surgieron otros poetas como Antonio Carvajal o Antonio Morón para mostrar la poesía como un valor y un referente en esta ciudad. Movimientos como *Poesía 70* a cargo de Juan de Loxa renovaron el espíritu poético de una ciudad y sembraron las semillas de lo que estaba por venir, *la Otra Sentimentalidad*. El pensamiento marxista de Juan Carlos Rodríguez tuvo mucha influencia en aquellas generaciones en los años ochenta. Creía que la palabra estaba manchada por la historia, su discurso poético señalaba que el lenguaje se configura a través del inconsciente ideológico del yo-soy histórico. Este *yo-soy histórico* se hace presente en la estructura y la forma de presentarnos Antonio este libro. Antonio Caballero asistió a aquellas clases magistrales donde el pensamiento único de Juan Carlos Rodríguez caló en aquella época universitaria granadina. La poesía de aquellos años tomó la voz de Javier Egea, Álvaro Salvador, Teresa Gómez, Luis García Montero o Ángeles Mora. Antonio fue un incansable lector de la poesía de todos ellos, una poesía en una época que despertaba a la modernidad y que traía como bandera lo que fue conocida como *la otra sentimentalidad*, donde las fronteras entre pensamiento y sensibilidad quedaban abolidas. Un movimiento que pretendía asumir la contradicción en su escritura y que ha influido en la forma de escribir poesía en esta ciudad.

En una de nuestras largas conversaciones, Antonio me habló de un libro y una idea que ha marcado en los últimos tiempos su pensamiento. El autor es el filósofo Josep Maria Esquirol y el libro *La resistencia íntima*. El libro aborda la experiencia de la proximidad, frente al nihilismo imperante en nuestra era, con una fórmula, la íntima resistencia. Cuando afronta el tema de *La metafísica de la casa*, surge la figura del pensador G. Bachelard y del poeta José Ángel Valente, poeta del silencio, que, en su texto *Bet*, aborda la importancia de la casa como cobijo, refugio para proteger la existencia humana. «Casa, lugar, habitación, morada; empieza así la oscura narración de los tiempos: para que algo tenga duración, fulguración, presencia: casa, lugar, habitación, memoria». La memoria es en el libro de Antonio su forma más íntima de resistencia, su forma de acercarse a la vida y a su historia, la memoria es su casa y su refugio, pero también un salvavidas que nos impide hundirnos en las simas de la oscuridad. La memoria de Antonio es luz, luz que desprende su mirada y luz para entender la memoria propia. Casa y luz. La poesía como refugio de la humanidad.

Las citas que aparecen en el libro ofrecen siempre un marco de referencia del pensamiento del autor, nos permiten conocer otras influencias que han dejado impronta en su poesía. La poesía de Luis Rosales o de Joan Margarit se muestran como referentes poéticos. Autores como Hannah Arendt, Walter Benjamin o Simone Weil, lo hacen como conexiones filosóficas de un pensamiento profundamente humano, influido por la tradición hebrea y heredera de la memoria del holocausto judío.

Estos pensadores influyen en la forma de entender para Antonio memoria y pasado. Arendt, que también fue maestra, centraba su pensamiento en el nacimiento del individuo. Su obra, *La condición humana* (1958), muestra que cada nuevo nacimiento reafirma la esencia de lo humano, por eso la historia de la humanidad no ha terminado, pues la historia está escrita por seres cuya esencia es comenzar. Antonio nos muestra la mirada con que hoy mira el pasado con esta intención. La historia del poeta no termina mientras exista la vida, su vida; porque sabe que concordar el mundo con esa idea es la forma de acercarse a los semejantes. Benjamin, cercano a la Escuela de Fráncfort y amigo de Brecht, defendió que la historia debía ser contada desde el lado de los vencidos, no de los vencedores. Antonio nos muestra que el pasado, como dijo Benjamin, sólo cabe retenerlo como un relámpago, un instante que se ilumina en la memoria. Weil, a la que Camus consideró *el único gran espíritu de nuestro tiempo*, nos enseña que de todas las necesidades del alma, la más importante es la necesidad de arraigo, la necesidad de establecer una conexión, un puente entre las personas. Weil nos muestra en su libro *Echar raíces* (1943) que quiere estar donde se sufre y se padece, esa es su patria, porque es allí donde considera que puede ser útil. De tal manera la poesía de Antonio se nutre del dolor de sus primeros años, de su soledad, de la enfermedad que rompió demasiadas alianzas consigo mismo y con el mundo que lo rodeaba, para ofrecernos la utilidad de ese dolor como un puente que conecta ahora pasado y presente, recuerdo y vida, hombre y dios.

Los versos de Javier Egea, «Lo que pueda contaros / es todo lo que sé desde el dolor / y eso nunca se inventa», bien pudieran enmarcar este hermoso libro que se divide en cinco partes, precedidas por una introducción y culminadas por una final. La introducción comienza con una pregunta del poeta: «¿Por qué viniste cuando abandoné / la idea de buscarte? / ¿Por qué en la noche de un perdón difícil?» El pasado se nos presenta así, mientras evoca la mano cogida de su madre e imagina el niño que será. Así llegamos a la primera parte, «La oscuridad es honda / como un horno de pan». La infancia aparece como eje fundamental. Una infancia donde la oscuridad se convierte en amiga de un niño que parece situarse a las afueras del mundo. Brotan imágenes que marcaron su infancia, sus primeros zapatos y los primeros sonidos de la enfermedad. La segunda parte nos ofrece el desarrollo vital de ese niño, que se refugia en la lectura como un salvavidas «Aprendí que los libros / eran un barco para refugiarse / del agua rota de las dudas». Surge la figura del padre, la de su maestra, y la de un pueblo en el que crece y donde comienza a ser partícipe de la vida de sus habitantes. La muerte de su abuelo marca esa época, así como la compasión —ese padecer con— hacia los más desfavorecidos. Un cierto sentimiento religioso comienza a crecer en el poeta. Es una forma más de entender el mundo. En la tercera parte surge el pasado blanco, la herencia de la nieve, su huella: «la nieve ha levantado la persiana, / el murmullo del templo / amanece en los charcos». Al leerlo parece, como escribe la investigadora de la memoria Régine Robin, que *su pasado nevava sobre nosotros*. En la cuarta parte el poeta nos

confiesa desde dónde mira la realidad. El sentimiento político de la historia se hace presente en el pensamiento del poeta, en su ser consciente. «La hora de la conciencia del / paraíso arrebatado / viene un día a / despojarme del día de los ciegos». En la quinta parte el poeta nos presenta su casa, su memoria. Y nos invita así a la parte final donde, más allá del dolor, el poeta se muestra agradecido a la vida.

Dámaso Alonso escribió un prólogo sobre el libro *Barco sin luces* de Luis Pimentel, ocho años antes de que este libro fuera publicado en 1960, de forma póstuma. Dámaso Alonso amaba la poesía de este tímido médico lucense. Quiero pensar que su prólogo influyó en la publicación final de ese poemario. Los que conocen a Antonio entenderán la semejanza, pues ha costado mucho animar a Antonio para finalizar este libro, que, sin duda, comparte los adjetivos que Dámaso Alonso dedicó a aquel de Pimentel. Su prólogo comenzaba así: «No toquéis a este libro. Podría deshacerse, porque es todo de rosas ceniza, de cristal, de hundidas sombras, de aire». De igual manera Antonio nos abre sus recuerdos como rosas de ceniza, con la frágil transparencia de un cristal por el que ver nuestra infancia, sin ocultar las oscuras y hundidas sombras que toda alma esconde. Es, por tanto, un libro que invita a reflexionar sobre la concepción que cada uno tiene de su pasado, y de cómo las huellas de la memoria pueden pervivir en nosotros.

Es un libro precioso. Delicado como el material que aborda en sus páginas. Un libro que no ha tenido urgencia. Un libro lento. Este libro ha tardado tanto en ser publicado como en terminar de ser escrito. Antonio J. Caballero ha recogido

sin impaciencia las palabras, como si de una cosecha demasiado delicada, una cosecha de escarcha se tratara. Nunca ha tenido prisa en sacar a la luz estos poemas que ha llevado tan adentro durante tantos años. Para no traicionar la fragilidad de los recuerdos, los ha puesto todos cuidadosamente en el paño de un verso, enseñándonos la importancia de cada gesto humilde de una existencia formidable.

Granada, 22 de enero de 2023

Herencia de la nieve

El pasado sólo cabe retenerlo como imagen que relampaguea de una vez para siempre en el instante de su cognoscibilidad.

WALTER BENJAMIN

En la medida en que realmente pueda llegarse a superar el pasado, esa superación consistiría en narrar lo que sucedió.

HANNAH ARENDT

Quizá podríamos señalar que el inconsciente «estructurado como un lenguaje» y su configuración a través del inconsciente ideológico del yo-soy histórico (...) constituyen quizá un inconsciente único, (...): el esfuerzo por decir yo y el esfuerzo por comprender la realidad histórica que nos atraviesa cada día como yo soy.

JUAN CARLOS RODRÍGUEZ

*No hay memoria de las cosas primeras
ni tampoco de las postreras que sucederán;
no habrá memoria de ellas
entre los que vendrán después.*

ECLESIASTÉS 1:11

**EN TODAS LAS
MEMORIAS**

*Amar a un extraño como a sí mismo entraña
como contrapartida: amarse a sí mismo como
a un extraño.*

SIMONE WEIL

Donde duermen los secretos

¿Por qué viniste cuando abandoné
la idea de buscarte?
¿Por qué en la noche de un perdón difícil?
¿Por qué la culpa, como
un delantal de siempre,
habla con el espejo del silencio a deshoras,
mirándose en su viento?
A todas horas
en las canciones de ceniza de los domingos.

No es tiempo de respuestas.
Aquello que deviene de la noche
es para la luz de los días.
Quiero poner en orden las preguntas,
pero que no se mezclen las del hielo
antes de amanecer
con las que viven en mi barrio de hoy,
ni las que en bicicleta iban montadas
para subir las cuestas de la infancia
con las que fingen preguntar.
Unas son de la tarde
y otras de la mañana.
Estas ya encontraron respuesta,

aquellas no podré
contestarlas jamás.

Y, por qué se despeña tan suave
la lluvia en los cristales, en el nombre
de una resignación que hoy recuerdo
frágil, por eso hermosa.

Por qué de madrugada
un secreto se quiebra y se despierta
en la penumbra azul de cada copa
y en los sueños hundidos en la nieve.

Tampoco son lo mismo
las del frío que corta el pensamiento
que las que traen nieve
y debajo del brazo
una chimenea encendida.

El lugar donde duermen los secretos
sabe a aguardiente fuerte
y tú no quieres que yo aprenda
de tanto desconsuelo.
Tú guardas en la luna de tus duelos
un pañuelo de tela que dobla las esquinas
del adiós y de tantas soledades.

Nuestro amparo
es un don de la casa,

la plegaria que no nos dejará
después de muertos todos los inviernos.

El niño que seremos

El niño que seré
a partir de mañana
desea terminar
los juegos que dejamos
a medias en aquellos años nuestros.

Dos árboles, una vida

Aquí escribo habitado
por el recuerdo de tantos olvidos.
Con mis muertos y en todas las memorias
que soy con los que viven.
Aquí no permanece nada ni queda nadie.

En el árbol de mi conocimiento,
una herida.
Saberme otro en el mismo que fui siempre.
Un encuentro y un puente.
El ahora del árbol
que cobija mi vida.